

Algunos tacharon de prolija esta *Retórica*, y Mayans llega á decir que Fr. Luís de Granada observó, mejor que enseñó, los preceptos de la Retórica. ¿Pero quién iba á esperar de un libro didáctico, de un libro *útil*, escrito además en una lengua muerta, y atestado de pasajes de distintas manos, que le convierten en una especie de taracea, el vigor y la amplitud de elocuencia que hay en el *Símbolo de la fe* y en la *Guía de pecadores*? Basta que el libro cumpla con la intención de su autor, de transportar á la tierra de promisión el oro y la plata y las vestiduras de Egipto, y lo cierto es que no tenemos en nuestra literatura mejor arte de predicar al modo clásico, aunque tengamos otros más independientes, y (si vale la frase) más *románticos*. Entre ellos debe contarse el del beato agustiniano Alonso de Orozco, orador él mismo férvido y elocuentísimo. Suyas son estas palabras, muy notables para escritas en el siglo xvi: « Bien creo

edíti. Opus non solum utile, verum etiam pernecessarium iis, qui concionandi laude praestare, et Reipublicae Christianae, dum animarum saluti incumbunt, egregiam atque illustrem operam navare contendunt. His conjunximus ejusdem argumenti libros tres Augustini Valerii Episcopi Veronae, ab auctore multis in locis novissima hac editione auctos et meliores factos. Venetiis, apud Franciscum Zilettum, MDLXXVIII. 4.º (D edicado á la Universidad de Évora.)

La edición de Valencia de 1770, por Joseph de Orga, va encabezada con un elegante prefacio latino de D. Juan Bautista Muñoz.

Hay una traducción castellana de esta *Retórica*, mandada hacer por el Obispo Climent, é impresa en Barcelona, 1770. Es la misma que se reproduce en la Biblioteca de Rivadeneyra.

que si Quintiliano, Tulio y Aristóteles fueran en nuestro tiempo, que escribieran por estilo más breve, y aun *hicieran otra manera de Retórica de preceptos más fáciles y menos en número*..... De aquí es que cada vez que veo escritos de este tiempo, en cualquier género que sea, doy gracias á Dios que hay en nuestra edad quien nos hable según nuestros conceptos y estilo de entender. No hay menor diferencia en la manera del habla, según diversos tiempos, que en los trajes y vestidos que usamos; de manera que á los antiguos debemos mucho, porque tanto trabajaron en escribir las ciencias, y á los modernos somos muy obligados, porque nos dan hechas las cosas para nuestra doctrina, como guirnalda de flores cogidas en verjel ajeno, pues todo viene de la mano del Soberano Bien, fuente de sabiduría, nuestro Dios verdadero, según dice Santiago ¹.

De nuestros preceptistas del arte histórico poco nuevo hay que decir aquí, puesto que fueron estudiados ampliamente en un discurso del Sr. Godoy Alcántara, malograda esperanza de la erudición española. Fox Morcillo, Jerónimo Costa, Luís Cabrera y Fr. Jerónimo de San José, son los más notables. El libro de Luciano *De conscribenda historia*, que debe pasar por sátira

¹ *Vergel de oración*, tomo II, pág. 69. Citado por Fr. Tomás Cámara, Obispo auxiliar de Madrid, en su hermoso libro *Vida y escritos del B. Alonso de Orozco*, Valladolid, 1882, página 440.

El *Methodus praedicationis* está inédito.

de malos historiadores antes que por receta para formarlos buenos, el juicio de Dionisio de Halicarnaso sobre Tucídides, algunas indicaciones de los diálogos oratorios de Cicerón, era toda la luz que la venerable antigüedad podía ofrecer á los preceptistas del Renacimiento, mucho más libres en esta sección que en otras, porque tenían menor cúmulo de preceptos que acatar religiosamente. Pero tenían, en cambio, el ejemplo de los grandes historiadores de Atenas y de Roma, que, en cierto modo, los encadenaba por su misma perfección, impidiéndoles comprender más forma de historia que aquella, psicológica, oratoria y política unas veces; y otras pintoresca y dramática, pero en todos casos artística, que habían enaltecido los Herodotos, Tucídides y Xenophontes, los Césares, Salustios, Livios y Tácitos. Tuvieron, pues, los humanistas del Renacimiento, entre tantos otros méritos, el de haber añadido esta rama, del género histórico al árbol frondosísimo de la antigua preceptiva; pero el arte histórica se cifró para ellos, no tanto en una concepción amplia, del sentido de la historia, ya artística, ya filosóficamente considerada, como en la observación de los primores que en la historia habían derramado los antiguos, narrando, describiendo ó declamando, en relato simple ó en arengas rectas ú oblicuas. Tal es la inspiración de los métodos históricos de Pontano, Patricio, Viperano, Robertello, Uberto Folietta y otros italianos, á los cuales responde dignamente, entre nosotros, el bellissimo diálogo

De historiae institutione, de nuestro platónico filósofo Sebastián Fox Morcillo, de cuya obra ha dicho ingeniosa y galanamente Godoy Alcántara que es á la literatura griega y latina lo que son á la estatuaria antigua las obras de Benvenuto Cellini y de Juan de Bolonia.

Su doctrina puede resumirse en pocas palabras. Nació la historia del apetito natural de honor y de inmortalidad que en todos los hombres existe, y que los lleva á conocer los hechos heróicos de sus mayores. Por eso les levantaron estatuas y monumentos: por eso, cuando aún no estaba inventada la escritura, se conservaba oralmente la tradición de las cosas pasadas. De la idea perfecta de la historia no puede separarse la filosofía. Es, pues, la historia una narración verdadera, elegante y culta de alguna cosa hecha ó dicha, para que su conocimiento se imprima profundamente en el entendimiento de los hombres; adquiriendo eternidad, al consignarse en los monumentos históricos, las cosas que de suyo son frágiles y deleznales ¹.» Combate la opinión de

¹ Est enim ipsa, narratio vera, ornata et culta alicujus rei gestae aut dictae ad ejus notionem hominum menti firmiter imprimendam... eo quod memoriae nostrae fluxae ac labilis infirmitas ea confirmetur, sintque illa aeterna, quae sunt historiae monumentis consecrata.

La primera edición del diálogo de *Historiae institutionem* (dedicado á Luis de la Zerda, distinto del jesuíta), parece ser la de París, 1557, *apud Martinum Juvenem*, á la cual siguió la de Amberes, 1564; pero yo le tengo sólo en la colección de preceptistas del arte histórica, estampada en Basilea, 1579, con este título:

—*Artis Historicae Penus, octodecim scriptorum tam veterum*

Dionisio de Halicarnaso, que cree que el asunto de la historia debe ser agradable al lector, y por eso sólo, prefiere Herodoto á Tucídides. « Todo debe contarse, aunque sea áspero, duro é inameno: el historiador no tiene opción para escoger las cosas, no puede omitir ni pasar en silencio nada que sea digno de saberse, por más que favorezca á nuestros adversarios, por más que nos sea molesto y peligroso, por más que nos parezca enfadoso y pobre.» Á toda historia debe preceder algo de general, una como tesis, que dé unidad á la obra. Concede no menor importancia que Bacón á la Geografía y á la Cronología. Pero no basta para dar luz á la historia la descripción de los tiempos y de los lugares, sino que se requiere también, y es mucho más importante, exponer las causas de los hechos y los pensamientos de los hombres, *las mudanzas de las leyes y de los magistrados, los conflictos y sediciones populares, la fundación de colonias, las nuevas navegaciones, los inventos....*¹ Todo con sus antecedentes y consecuencias. El amor de la verdad debe recomendarse, en primer término, porque no se escribe la historia ni para gloria

quam recentiorum monumentis, et inter eos praecipue Bodini libris Methodi Historicae sex instructa.... Basileae, ex officina Petri Perinae, 1579. Cum privilegio. 8.º

En el folio 743 del tomo primero comienza el tratado de Fox Morcillo.

¹ Haec igitur proponenda sunt primum quasi generalia... Haec tamquam thesis esto primo comprehendenda et constituenda...

Nec vero descriptio locorum satis est in historia, quum

del autor, ni para gloria de la nación á que pertenece, sino para utilidad pública, nacida del convencimiento de la verdad¹. La forma única que Fox Morcillo reconoce y legitima es la forma clásica, con arengas, con epístolas, con descripciones de los principales personajes. El estilo de la historia ha de ser un medio entre la poesía y la filosofía, tomando de la una la gravedad, la templanza, el nervio; de la otra la hermosura, el calor, la amenidad, la elevación. Su historiador predilecto entre los antiguos, es el socrático y suavísimo Xenophonte.

« Á grandes peligros se arroja el que escribe la historia, porque se concita la envidia y el odio, no de un sólo hombre, sino de muchas gentes, naciones y ciudades, que se creen injuriadas, y que acusan al historiador de mentiroso, queriendo con esta reprensión disimular sus propios yerros. Pero por difícil, por arduo, por laborioso y expuesto á peligros que sea, ¿qué cosa puede haber más bella y admirable que dejar á los venideros tantos ejemplos de vida, tantos monumentos de acciones gloriosas, *de instituciones,*

haec ad res illustrandas et distinguendas sumantur, sed consilia et causae gestorum multo magis exponendae... mutationes legum, seditiones, similitates civium, magistratuum dominatus... navigationes novae, inventa, portenta...

¹ Veritatis enim amor et studium, utilitatisque publicae cura praedicanda hic est, quando ad id instituitur historia, non tu ipse aut res tuae, quarum ad laudem historia non scribitur, sed ad publicam utilitem, ex veritatis cognitione natam, quam tamen dum consecrare, laudaris, magnumque patriae atque tibi nomen comparas...

leyes y costumbres? ¿Qué cosa más digna de apetecerse que sobrevivir un hombre solo á tantas ciudades, pueblos, capitanes, reyes... y hacerlas vivir en sus narraciones y hacerse inmortal con ellas?» Altas condiciones pide en el historiador: no sólo conocimiento de todas las ciencias divinas y humanas, y especialmente de las ciencias jurídicas, sino haber hecho largos viajes y conocido las costumbres de muchos pueblos, y haber intervenido en negocios públicos y privados, bélicos y urbanos, viéndolo y explorándolo todo por sus ojos. Y aún lleva más allá Fox Morcillo esta idea purísima y absoluta que él (al modo platónico) se forma del historiador, puesto que, si cupiera esto en los límites de lo posible, desearía que no fuese ciudadano de ninguna república terrestre; que no estuviera enlazado á nadie por vínculos de parentesco ni de afinidad; que no estuviera sometido á ningún rey ni á ninguna ley; que careciese de afectos, que fuese, en suma, como un Dios que contemplara las cosas humanas sin mezclarse en ellas. Desde tales alturas, tan sosegadas y serenas que nos transportan de súbito al cabo de Sunio, no es gran maravilla que Fox cierre los oídos al encanto ingenuo y pintoresco de las crónicas de la Edad Media, y solo tenga para ellas menosprecio como para un género bárbaro, y clame por el empleo de la lengua latina para escribir las glorias de España, de modo que lleguen á conocimiento de todas las naciones y nos salven de la ignominia de no tener historia clásica. Á

este enérgico conjuro respondió antes de treinta años la pluma enérgica y austera del P. Mariana.

Fox Morcillo, como todos los antiguos preceptistas, da á la historia una finalidad ética y política muy directa, puesto que «la historia no fué inventada, cultivada y conservada para fútil conmemoración de las cosas pasadas ó presentes, sino para institución de la vida humana, como las leyes y la disciplina de las costumbres y las artes liberales. La historia es como una tabla y espejo de toda la vida humana, presentada delante de los ojos de la prudencia y del conocimiento. Y si tan necesaria es la historia para cada cual de los hombres en particular, ¡cuánto más no lo será para las repúblicas, que no pueden subsistir sin las tradiciones, sin los ritos, sin las costumbres, instituciones y leyes, de todo lo cual nos da razón la historia!»

Fox Morcillo termina su admirable tratado con otra idea originalísima, sobre todo en un platónico amante de las ideas absolutas é inmutables. Sostiene, pués, que en cierto modo todas las ciencias pueden reducirse á la historia: «¿Qué otra cosa es saber las artes liberales, sino tener la inteligencia de su historia? El que aprende las matemáticas ó la filosofía, ¿qué hace sino ir grabando en su entendimiento las nociones de cada cosa, como quien lee un libro de varia historia? ¿Qué es la medicina sino la historia del cuerpo humano? ¿Qué es el conocimiento de las leyes é instituciones de la ciudad, sino historia? En ri-

gor, todas las ciencias son y pueden llamarse historias.»

El indigesto tratado *De conscribenda historia* (1591) del aragonés Juan Costa, discípulo de la retórica del tiempo, nada tiene de bueno ni aun de tolerable más que lo que roba de Fox Morcillo. Fuera de que el libro de Costa apenas puede considerarse como doctrinal del arte histórica, pues más de la mitad de él se emplea en el tratado de la elección y colocación de las palabras. Por consiguiente, el que desee conocer los progresos y retrocesos de la noción artística de la historia entre nosotros, debe saltar desde Fox Morcillo hasta Luís Cabrera de Córdoba, enfático é intolerable cronista de Felipe II, y hombre que con pretensiones de profundidad y cándido maquiavelismo, manifestado en frases enmarañadas y huecas, que á él le parecían sentencias de recóndita política, estropeó los buenos documentos que tuvo á mano, llegando á hacerse ininteligible y enigmático. En su tratado *De historia, para entenderla y escribirla*¹, hay buenos preceptos, que él no observó, como hacen de continuo los que escriben tratados y leyes: hay también máximas absurdas, que observó demasiado, y que nos dan la clave de todos los vicios de su criterio y de su estilo. Admírase uno de encon-

¹ *De historia, para entenderla y escribirla*. Madrid, Luys Sánchez, 1611. (Escribo esta portada un poco de memoria, porque á mi ejemplar le falta la primer hoja.) 4 hs. sin foliar y 112 pp. Este Tratado está mucho mejor escrito que el *Felipe II* de Cabrera; á ratos parece imposible que sean de la misma mano.

trar en Cabrera sentencias de tanto alcance como éstas: «El que mira la historia de los antiguos tiempos atentamente, y lo que enseñan guarda, trae luz para las cosas futuras, pues una misma manera de mundo es toda. Los que han sido, vuelven, aunque debajo de diversos nombres, figuras y colores;» pero considerándolas más atentamente, vemos que son traducidas al pie de la letra de Guicciardini. Ni tampoco es muy seguro que aquella profunda sentencia providencialista: «diónos Dios la historia y la conserva para que su admirable potencia y perpetuo cuidado de las cosas humanas maravillosamente se declare,» le pertenezca íntegramente, puesto que no la aprovecha para nada, ni saca de ella consecuencia alguna, sino que la repite como algo corriente y aprendido de coro. Lo que sí pertenece con todo derecho á Cabrera es la funesta doctrina palaciega que voy á recordar ahora. Partiendo el *criado* de Felipe III, como él se llamaba á boca llena, del principio de que la historia es *narración de verdades por hombre sabio para enseñar á bien vivir*, y reduciéndola, por consiguiente, á una pedagogía moral, enseña que «el que escribe historias no ha de decir todas las particularidades, sino lo que ha de ser de provecho á los descendientes....,» y que «ha de tener el historiador tanta prudencia en el callar como en el hablar con buen juicio, procediendo como el pintor, que tiene licencia para hacer sombras, escorzos, y poner en tal perspectiva la figura, que encubra en el que en ella es representado el

ser tuerto, manco, cojo, evitando el parecer mal...., porque la pintura descubre y desnuda las personas viles y serviles, para mostrar el arte, mas cubre las nobles con propiedad de vestidos, según arte y decoro suyo.» Y en otra parte preceptúa al historiador no enseñar más que lo justo y honesto, y callar las cosas feas y deshonestas, porque no ofenda los ánimos y orejas.

Pero aunque lleve á tan deplorables exageraciones al honrado Cabrera, no tanto su servilismo áulico, como su continua preocupación del fin moral de la historia, tampoco es justo cargarle con más culpas que las que tiene, ni suponerle de tan apocados pensamientos como los que mostraron Gomberville y el P. Le-Moine y otros preceptistas franceses del arte histórica. Al lado de las sentencias anteriores, hay otras que las rectifican y casi las anulan, ora intime con austeridad religiosa que «el Príncipe que no deja escribir la verdad á sus historiadores, yerra gravemente contra Dios y contra sí,» ora amoneste al historiador á que «mire bien que no está en los estrados, ni para loar y adular en las cámaras de los Príncipes, sino que cuando juzga, habla en el juicio de Dios,» ora acuda al sutil recurso de las arengas para loar y reprender libremente, por boca de otro, á quien lo merezca.

En lo que no es fácil disculpar á Cabrera es en su manía del estilo sentencioso y lacónico, que el prefería á todos en la historia, por habérsele asentado en la cabeza que «es de Príncipes hablar lacónicamente, y que esto arguye gran-

deza de ánimo y majestad, diferenciándose los Reyes del vulgo en parecer oráculos sus oraciones, como si en las apotegmas solamente consistiese la corona.» Bien se le conoce al mismo Cabrera el haber vivido entre Príncipes, porque sin decir nada en sus reflexiones las más veces, es más oráculo que el oráculo de Delfos.

Para mí lo más digno de consideración que hay en el libro de Cabrera, no son sus atisbos de filosofía de la historia, muy raros y muy fugaces, sino la claridad con que expone y comprende la diferencia, reconocida por Aristóteles, entre la poesía y la historia: «El poeta obra cerca de lo universal, atendiendo á la simple y pura idea de las cosas (y por esto la prefirió en su *Poética* Aristóteles); el historiador á la particular, representando las cosas como ellas son, cual pintor que retrata al natural, refiriendo las cosas como fueron hechas: el poeta, como necesariamente habían de ser ó como podrían verosímil y probablemente..... La poesía es junta y encadenamiento que hace una de muchas, por la afinidad de las acciones, á quien como á señora ordena las otras ministras y siervas, por medio de los episodios, que de su naturaleza y propiedad siempre tienen la mira y respeto á la fábula, parte sustancial y como el ánima del poema. El orden de la historia es más incierto y disjunto, porque las acciones en ella son sin depender una de otra, y no tienen la mira á un mismo fin.... El poeta, no teniendo límite alguno en su jurisdicción, como le pasa por la fan-

tasía, pone en el ánimo, muda las acciones, las crece, las menora, las varía, las adorna, las amplifica y, finalmente, narra las cosas antes como habían de ser hechas que como fueron.... El histórico tiene sus términos, y dentro dellos sus confines de la materia que ha tomado á escribir, y no puede salir dellos, ni mudar cosa alguna, y así, ni la pone ni la quita, mas narra la verdad del hecho, bien que con ornamento y gala.... »

Antítesis perfecta del libro de Cabrera en muchas cosas es el bellísimo *Genio de la historia*, del carmelita descalzo Fr. Jerónimo de San José, ilustre poeta aragonés, discípulo predilecto de Bartolomé Leonardo de Argensola, y biógrafo de San Juan de la Cruz ¹. Para Fr. Jerónimo de San José la historia no debía ser nunca un sermonario, atestado de inútil *doctrinaje*, tras cada cláusula su moralidad, y en cada hecho y suceso su censura y advertimiento político.... « Lo que así se escribe, ni es historia ni lo deja de ser, porque pareciendo relación, es sermón, ó, por mejor decir, ni es lo uno ni lo otro, y con ambas cosas muele sin provecho al lector. » No da cuartel el ilustre carmelita, ni á los políticos anochecidos y tenebrosos, grandes brujuleadores de conceptos y razones de Estado, ni á los moralistas empalagosos y triviales, que

¹ *Genio de la Historia. Por el P. Fr. Gerónimo de S. Joseph, carmelita descalzo. Obra que publicó el Marqués de Torres (en 1651), y dedicó al Señor Phelipe IV. Segunda Impresión. Madrid, en la imp. de D. Antonio Muñoz del Valle, año de 1768. 4.º*

parece que quieren cargar con la cura de almas de sus lectores. Para él la historia es historia; es decir, « narración llana de casos verdaderos », y el historiador es el que *tiene brío y ánimo para decir todo cuanto conviene*. El que no le tenga, debe abstenerse de escribir la historia contemporánea. Prefiere que el historiador no sea testigo de los hechos, para que tenga el ánimo más libre de afición y de temor, y para que, viendo las cosas más de lejos, sepa poner cada una en su lugar.

Pero lo admirable en el *Genio* de Fr. Jerónimo de San José; lo que *parece escrito en Atenas* (como le decía su maestro Bartolomé Leonardo), es la descripción artística del cuerpo y forma de la historia, aquella « *canuda matrona* que empareja con los primeros siglos del mundo, la cual, con una casi divina virtud, restituye á las cosas su antiguo estado y ser, dándoles otro modo de vida, no ya perecedera, sino inmortal y perdurable. » « Yacen como en sepulcros, gastados ya y deshechos en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas: consérvanse allí polvo y cenizas, ó cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos cuya memoria casi del todo pereció, á los cuales, para restituirles vida, el historiador ha menester, cual otro Ezequiel, vaticinando sobre ellos, juntarlos, unirlos, engazarlos, dándoles á cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles, para su enlazamiento y

fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas, vestirlos de carne con raros y notables apoyos; extender sobre todo este cuerpo así dispuesto una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y, últimamente, infundirle un soplo de vida, con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata en medio de la pluma y del papel.» Así concibe la historia Fr. Jerónimo de San José: pintoresca, animada, no como centón de dispersos fragmentos, sino como cuerpo organizado y vivo, bullendo y meneándose, con el soplo celestial que anima el cementerio de las edades.

No menos ostenta el carmelita aragonés este su profundo sentido de la hermosura y este peregrino arte de hacer palpables las cosas más abstractas en sus consideraciones sobre el estilo, cuya perspicuidad y limpieza con tanto calor defiende contra la invasión del culteranismo. «No basta que el concepto ó pensamiento que exprime la lengua, como el oro resplandezca y brille por de fuera; más que esto ha menester para su perfección y hermosura. Ha de resplandecer también en lo hondo y centro de él, como el cristal y el diamante, ó cualquiera otra piedra transparente y preciosa, descubriendo la fineza y riqueza de su más íntimo valor con resplandores que de todas partes lo cerquen, y en que todo él esté bañado y penetrado.»

El autor que de tal modo pensaba y sentía las excelencias de la forma, no podía ser un preceptista seco y descarnado, ni amar la estéril regu-

laridad de las poéticas de escuela. Él creía sinceramente que «es loa de las artes amar los precipicios, y que no se tiene por excelente artífice al que alguna vez no pasa de la raya señalada por los maestros ordinarios, trascendiendo las comunes leyes de su arte, en la qual el no exceder alguna vez es faltar.» Y lo corroboraba con el siguiente ejemplo: «Cansado el Ticiano del ordinario modo de pintar á lo dulce y sutil, inventó aquel otro tan extraño y subido de pintar á golpes de pincel grosero, casi como borrones al descuido, con que alcanzó nueva gloria, dejando con la suya á Micael Ángelo, Urbino, Corregio y Parmesano..., y como quien no se digna de andar por el camino ordinario, hizo senda y entrada por cumbres y desvíos¹.»

¹ Sobre otros preceptistas históricos que no importan para la historia de la Estética, véase el *Discurso* de entrada en la Academia de la Historia de D. José Godoy Alcántara (1870).





